

Si contrastamos el pensamiento filosófico de una obra maestra de arte con el pensamiento de la nación en que tuvo origen, veremos que con independencia del propósito del autor la obra encierra un sentido, que pudiera llamarse histórico, concordante con la historia nacional, una interpretación del espíritu de esta historia. Y cuanto más estrecha sea la concordancia el mérito de la obra será mayor, porque el artista saca sus fuerzas invisiblemente de la confusión de sus ideas con las ideas de su territorio, obrando como un reflector en el que estas ideas se cruzan y se mezclan y adquieren al cruzarse y mezclarse la luz de que separadas carecían. Una de las obras mayores de nuestro teatro es «La vida es sueño» de Calderón; en ella, en un caso psicológico individual que tiene un valor simbólico universal, nos da el artista una explicación clara, lúcida y profética de nuestra historia. España, como Segismundó, fué arrancada violentamente de la caverna de su vida oscura de combates contra los africanos,

lanzada al feroz de la vida europea y convertida en dueña y señora de gentes que ni siquiera conocía; y cuando después de muchos y extraordinarios sucesos, que parecen más fantásticos que reales, volvemos á la razón en nuestra antigua caverna, en la que nos hallamos al presente encadenados por nuestra miseria y nuestra pobreza, preguntamos si toda esa historia fué realidad ó fué sueño, y solo nos hace dudar el resplandor de la gloria que aun nos alumbra y seduce como aquella imagen amorosa que turbaba la soledad de Segismundo y le hacía exclamar: —«Sólo á una mujer amaba —que fué verdad creo yo —pues que todo se acabó —y esto sólo no se acaba.»

UN pueblo no puede y si puede no debe vivir sin gloria; pero tiene muchos medios de conquistarla, y además la gloria se muestra en formas varias; hay la gloria ideal, la más noble, á la que se llega por el esfuerzo de la inteligencia; hay la gloria de la lucha por el triunfo de los ideales de un pueblo contra los de otro pueblo; hay la gloria del combate feroz por la simple dominación material; hay la gloria más triste de aniquilarse mutuamente en luchas interiores. España ha conocido todas las formas de la gloria y desde hace largo tiempo disfruta á todo pasto de la gloria triste; vivimos en perpetua guerra civil. Nuestro temperamento excitado y debilitado por inacabables períodos de lucha no acierta á transformarse, á buscar un medio pacífico, ideal, de expresión y á hablar por signos más humanos que los de las armas. Así vemos que cuantos se enamoran de una idea (si es que se enamoran) la convierten en medio de combate; no luchan realmente porque la

idea triunfe; luchan porque la idea exige una forma exterior en que hacerse visible y á falta de formas positivas ó creadoras aceptan las negativas ó destructoras: el discurso, no como obra de arte, sino como instrumento de demolición, el tumulto, el motín, la revolución, la guerra. De esta suerte, las ideas en vez de servir para crear obras durables que fundando algo nuevo destruyesen indirectamente lo viejo é inútil, sirven para destruirlo todo, para asolarlo todo, para aniquilarlo todo, pereciendo ellas también entre las ruinas.

Es indispensable forzar nuestra nación á que se desahogue racionalmente y para ello hay que infundir nueva vida espiritual en los individuos y por ellos en la Ciudad y en el Estado. Nuestra organización política hemos visto que no depende del exterior; no hay causa exterior que aconseje adoptar esta ó aquella forma de gobierno; nuestras aspiraciones de puertas afuera, ó son infundadas ó utópicas ó realizables á tan largo plazo que no es posible distraer á causa de ellas la atención y continuar viviendo á la expectativa. La única indicación eficaz que del examen de nuestros intereses exteriores se desprende es que debemos robustecer la organización que hoy tenemos y adquirir una fuerza intelectual muy intensa porque nuestro papel histórico nos obliga á transformar nuestra acción de material en espiritual. España ha sido la primera nación europea engrandecida por la política de expansión y de conquista; ha sido la primera en decaer y terminar su evolución material, desparramándose por extensos territorios y es la primera que tiene ahora que tra-

bajar en una restauración política y social de un orden completamente nuevo; por lo tanto, su situación es distinta de la de las demás naciones europeas y no debe de imitar á ninguna, sino que tiene que ser ella la iniciadora de procedimientos nuevos, acomodados á hechos nuevos también en la historia. Ni las ideas francesas, ni las inglesas, ni las alemanas, ni las que puedan más tarde estar en boga, nos sirven, porque nosotros, aunque inferiores en cuanto á la influencia política, somos superiores, más adelantados en cuanto al punto en que se halla nuestra natural evolución; por el hecho de perder sus fuerzas dominadoras (y todas las naciones han de llegar á perderlas) nuestra nación ha entrado en una nueva fase de su vida histórica y ha de ver cuál dirección le está marcada por sus intereses actuales y por sus tradiciones.

EL problema político que España ha de resolver no tiene precedentes claros y precisos en la historia. Una nación fundadora de numerosas nacionalidades, logra tras un largo período de decadencia reconstituirse como fuerza política animada por nuevos sentimientos de expansión; ¿qué forma ha de tomar esta segunda evolución para enlazarse con la primera y no romper la unidad histórica á que una y otra deben de subordinarse? Porque aquí la unidad no es un artificio, sino un hecho; el artificio sería cortar con la tradición y pretender comenzar á vivir nueva vida, como si fuéramos un pueblo nuevo, acabado de sacar del horno. España tiene acaso caminos abiertos para emprender rumbos diferentes de los que le señala su historia; pero un rompimiento

con el pasado sería una violación de las leyes naturales, un cobarde abandono de nuestros deberes, un sacrificio de lo real por lo imaginario. Ninguna nueva acción exterior puede conducirnos á restaurar la grandeza material de España, á reconquistarle el alto rango que tuvo; nuestras nuevas empresas serían como las pretensiones de esos viejos impenitentes que en lugar de resignarse y consagrarse al recuerdo de sus nobles amores juveniles se arrastran en busca de nuevos amores fingidos, de nuevas caricias pagadas, de parodias risibles, cuando no repugnantes, de las bellas escenas de la vida sentimental

En cambio, si por el solo esfuerzo de nuestra inteligencia lográsemos reconstituir la unión familiar de todos los pueblos hispánicos, é infundir en ellos el culto de unos mismos ideales, de nuestros ideales, cumpliríamos una gran misión histórica, y daríamos vida á una creación, grande, original, nueva en los fastos políticos; y al cumplir esa misión no trabajaríamos en beneficio de una idea generosa, pero sin utilidad práctica, sino que trabajaríamos por nuestros propios intereses, por intereses más transcendentales que la conquista de unos cuantos pedazos de territorio. Puesto que hemos agotado nuestras fuerzas de expansión material, hoy tenemos que cambiar de táctica y sacar á luz las fuerzas que no se agotan nunca, las de la inteligencia, las cuales existen latentes en España y pueden cuando se desarrollen levantarnos á grandes creaciones que satisfaciendo nuestras aspiraciones á la vida noble y gloriosa, nos sirvan como instrumento político, reclamado por la obra que hemos de realizar. Desde este punto de

vista, las cuestiones políticas á que España consagra principalmente su atención, sólo merecen desprecio. Vivimos imitando, debiendo de ser creadores; pretendemos regir nuestros asuntos por el ejemplo de los que vienen detrás de nosotros y andamos á caza de formas de gobierno, de exterioridades políticas, sin pensar jamás qué vamos á meter dentro de ellas para que no sean pura hojarasca.

LA organización de los poderes públicos no es materia muy difícil; no exige ciencia ni arte extraordinarios, sino amplitud de criterio y buena voluntad. Una sociedad que comprende sus intereses organiza el poder del modo más rápido posible y pasa á otras cuestiones más importantes; una nación que vive un siglo constituyéndose no es nación seria; en ese hecho solo da á entender que no sabe á dónde va, y que por no saberlo se entretiene discutiendo el camino que conviene seguir. Los poderes no son más que andamiajes; deben de estar hechos con solidez para que se pueda trabajar sobre ellos sin temor á accidentes; lo esencial es la obra que, ya de un modo ya de otro, se ejecuta. La obra de restauración de España está muy cerca del cimiento; el andamiaje sube hasta donde con el tiempo podrá llegar el tejado; y hay gentes insaciables é insensatas que no están contentas todavía. La falta de fijeza que se nota en la dirección de nuestra política general, es sólo un reflejo de la falta de ideas de la nación; de la tendencia universal á resolverlo todo mediante auxilios extraños, no por propio y personal esfuerzo: la nación entera aspira á la acción exterior, á una acción indefinida y no comprendida que realce nues-

tro mermado prestigio; las ciudades viven en la mendicidad ideal y económica y todo lo esperan del Estado; sus funciones son reglamentarias y materiales; cuando conciben algo grande, no es ninguna grandeza ideal, sino una grandeza cuantitativa: el ensanche, que viene á ser una reducción de la idea de agrandamiento nacional por medio de la anexión de territorios ó terrenos que no nos hacen falta; los individuos trabajan lo suficiente para resolver el problema de no trabajar, de suplir el trabajo personal que requiere gasto de iniciativas y de energías por alguna función rutinaria, concuerde ó no concuerde con las aptitudes ó los escasos conocimientos adquiridos. En suma, las esperanzas están siempre cifradas en un cambio exterior favorable, no en el trabajo constante ó inteligente.

Dadas estas ideas, los cambios políticos sirven sólo para torcer más los viciados instintos. Un ejemplo muy claro nos ofrecen nuestras Universidades. Se creyó encontrar el remedio para nuestra penuria intelectual infundiendo á los centros docentes nueva savia, transformándolos de escuelas cerradas en campos abiertos, como se dice, á la difusión de toda clase de doctrinas. Y la idea era buena y lo sería si no estuviera reducida á un cambio de rótulo. Porque la libertad de la cátedra no es buena ni mala en sí; es un procedimiento que puede ser útil ó inútil, como el antiguo, según el uso que de él se haga. La enseñanza exclusivista sería buena si los principios en que se inspira tuviesen vigor bastante, sin necesidad de las excitaciones de la controversia, para mantener vivas y fecundas las ciencias y las artes

de la nación; por este sistema tendríamos una cultura un tanto estrecha de criterio ó incompleta, pero en cambio tendríamos la unidad de inteligencia y de acción. Sólo cuando las doctrinas decaen y pierden su fuerza creadora se hace necesario introducir levadura fresca que las haga de nuevo fermentar. La enseñanza libre (y no hablo de las formas ridículas que en la práctica ha tomado en España) tiene también como todas las cosas, dos asas por donde cogerla; el punto flaco es la falta de congruencia entre las diferentes doctrinas, el desequilibrio intelectual que las ideas contradictorias suelen producir en las cabezas poco fuertes; la parte buena es la impulsión que se da al espíritu para que con absoluta independencia elija un rumbo propio y se eleve á concepciones originales. Nosotros hemos tocado el mal; pero no el bien. Se decía que la enseñanza católica nos condenaba á la atrofia intelectual; la libertad de enseñanza nos lleva á un rápido embrutecimiento. Sabemos que en esta ó aquella Universidad existen rivalidades pseudo-científicas, porque leemos ú oímos que los adherentes á los diversos bandos han promovido un tumulto ó han venido á las manos como carreteros. Lo que no había antes ni hay ahora, salvo honradísimas excepciones, es quien cultive la ciencia científicamente y el arte artísticamente; se han perdido todos los pesos y todas las medidas, salvándose solo una, la de las funciones públicas; sea cual fuere la especie y mérito de una obra, sabemos que no será estimada sino después que el autor ocupe un buen puesto en los escalafones sociales. De aquí la subordinación de todos nuestros trabajos, de nuestros escasos traba-

jós al interés puramente exterior; y aún hay mérito en los que los subordinan, puesto que la generalidad los suprime del todo y se contenta con los puestos de los escalafones. Las Universidades, como el Estado como los Municipios, son organismos vacíos; no son malos en sí, ni hay que cambiarlos; no hay que romper la máquina: lo que hay que hacer es echarle ideas, para que no ande en seco. Para romper algo, rompamos el universal artificio en que vivimos, esperándolo todo de fuera y dando á la actividad una forma exterior también; y luego transformaremos la charlatanería en pensamientos sanos y útiles y el combate externo que destruye en combate interno que crea. Así es como se trabaja por fortalecer los poderes públicos, y así es como se reforman las instituciones.

*
* *

SI yo fuese consultado como médico espiritual para formular el diagnóstico del padecimiento que los españoles sufrimos, (porque padecimiento hay y de difícil curación) diría que la enfermedad se designa con el nombre de «no-querer» ó en términos más científicos por la palabra griega «aboulia», que significa eso mismo, «extinción ó debilitación grave de la voluntad»; y lo sostendría si necesario fuera con textos de autoridades y examen de casos clínicos muy detallados, pues desde Esquirol y Maudsley hasta Ribot y Pierre Janet hay una larga serie de médicos y psicólogos que han estudiado esta enfermedad, en la que acaso se revela más clara-

mente que en ninguna otra el influjo de las perturbaciones mentales sobre las funciones orgánicas.

Hay una forma vulgar de la aboulía que todos conocemos y á veces padecemos. ¿À quién no le habrá invadido en alguna ocasión esa perplejidad del espíritu, nacida del quebranto de fuerzas ó del aplanamiento consiguiente á una inacción prolongada, en que la voluntad falta de una idea dominante que la mueva, vacilante entre motivos opuestos que se contrabalancean, ó dominada por una idea abstracta, irrealizable, permanece irresoluta, sin saber qué hacer y sin determinarse á hacer nada? Cuando tal situación de pasajera se convierte en crónica, constituye la aboulía, la cual se muestra al exterior en la repugnancia de la voluntad á ejecutar actos libres. En el enfermo de aboulía hay un principio de movimiento que demuestra que la voluntad no se ha extinguido en absoluto; pero ese movimiento actúa débilmente y rara vez llega á su término. No es un movimiento desordenado que pueda ser confundido con los del atáxico; hay en un caso debilidad y en otro falta de coordinación; y tanto es así que en la aboulía fuera de los actos libres, los demás, los psicológicos, los instintivos, los producidos por sugestión, se realizan ordenadamente.

Los síntomas intelectuales de la aboulía son muchos; la atención se debilita tanto más cuanto más nuevo ó extraño es el objeto, sobre el cual hay que fijarla; el entendimiento parece como que se petrifica y se incapacita para la asimilación de ideas nuevas; sólo está ágil para resucitar el recuerdo de los hechos pasados; pero si llega á adquirir una idea nueva,

falto del contrapeso de otras, cae de la atonía en la exaltación, en la «idea fija» que le arrastra á la «impulsión violenta».

EN las enfermedades hay al lado de los casos típicos, casos similares; en este de que aquí se trata el número de los primeros no es muy crecido, mientras que el de los segundos es abrumador; en España, por ejemplo, hay muchos enfermos de la voluntad y como consecuencia un estado de «aboulía colectiva». Yo no profeso la sociología metafórica que considera las naciones como organismos tan bien determinados como los individuales. La sociedad es sólo una resultante de las fuerzas de sus individuos; según estos se organicen podrán producir una acción intensa ó debil, ó neutralizarse por la oposición; y la obra total participará siempre del carácter de los que concurren á crearla.

El individuo á su vez es una reducción fotográfica de la sociedad; la vida individual fisiológica es una combinación de la energía vital interna con las fuerzas exteriores absorbidas y asimiladas; la vida espiritual se desarrolla de un modo análogo nutriéndose el espíritu de los elementos ideales que la sociedad conserva como almacenados, según la expresión de Fouillée. En este sentido creo yo que es provechosa la aplicación de la psicología individual á los estados sociales y la patología del espíritu á la patología política.

En nuestra nación se manifiestan todos los síntomas de la enfermedad que padecemos la mayoría de los españoles: realízanse los actos fisiológicos y los instintivos; como funciona el organismo individual

para vivir así trabaja la sociedad para vivir; el trabajo que es libre para el individuo, para la sociedad es necesario, á menos que se trate de pueblos vagabundos; igualmente el ocultar la riqueza á las investigaciones del fisco es acto social tan instintivo como el de cerrar los ojos ante el amago de un golpe. Los actos que no encontramos son los de libre determinación, como sería el intervenir conscientemente en la dirección de los negocios públicos. Si en la vida práctica la aboulía se hace visible en el no hacer, en la vida intelectual se caracteriza por el no atender. Nuestra nación hace ya tiempo que está como distraída en medio del mundo. Nada le interesa, nada la mueve de ordinario; mas de repente una idea se fija y no pudiendo equilibrarse con otras produce la impulsión arrebatada. En estos últimos años hemos tenido varios movimientos de impulsión típica producidos por ideas fijas: integridad de la patria, justicia histórica y otras semejantes. Todas nuestras obras intelectuales se resienten de esta falta de equilibrio, de este error óptico; no vemos simultáneamente las cosas, como son, puestas en sus lugares respectivos, sino que las vemos á retazos, hoy unas, mañana otras; la que un día estaba en primer término ocultando las demás, al siguiente queda olvidada porque viene otra y se le pone delante.

Sox innumerables las opiniones emitidas para explicar el origen de la aboulía; en un principio estuvo considerada como una forma de la locura y los alienistas la bautizaron con el nombre de «delirio del contacto», fijándose sólo en el hecho exterior característico de la enfermedad. Según esta teoría,

nuestra nación podría ser considerada como una jaula de locos rarísimos, atacados de una manía extraña, la de no poder sufrirse los unos á los otros. Yo no acepto esta opinión, porque, como dije, en los enfermos de aboulía las perturbaciones de la voluntad no revelan desorden, sino abatimiento de la energía funcional. Á excepción de Ribot, que se inclina á creer que la causa de tan curioso estado patológico es de naturaleza sentimental, la falta de deseos, todos los patólogos por distintos caminos llegan á encontrarse, á coincidir en el parecer de que la causa es una perturbación de las funciones intelectuales. Janet, que publicó hace algunos años un curioso estudio de observación personal sobre «Un caso de aboulía ó ideas fijas» cree que el aniquilamiento de la voluntad proviene de la falta de atención, y por consiguiente, de percepción. Sin embargo de aparecer estos síntomas con carácter constante, creo yo que no es posible marcar entre ellos una relación de causalidad; porque las facultades intelectuales exteriorizadas participan de la voluntad, y así puede afirmarse que la voluntad es débil porque la atención es inconstante y la percepción confusa, como decirse que la atención no es viva ni la percepción clara, porque la voluntad no es intensa.

La actividad espiritual exteriorizada es un reflejo de la actividad íntima; en el acto de crear esto es axiomático: ¿cómo concebir que hay un cerebro vacío detrás de la obra genial del sabio ó del artista ó un espíritu helado en los transportes de la pasión? Como la falta de apetito material denota una disminución de la actividad digestiva, así también la falta de

apetito espiritual, manifestada en la desidia de las facultades que actúan exteriormente, revela una debilitación de esa energía asimiladora interna que los aristotélicos llamaban entendimiento agente y los positivistas sentido sintético, que no es otra cosa que la inteligencia misma funcionando según la ley de asociación. Así pues, la causa de la aboulía es, á mi juicio, la debilitación del sentido sintético, de la facultad de asociar las representaciones. En relación con lo pasado, la inteligencia funciona con regularidad porque la memoria se encarga de reproducir ideas, cuya asociación estaba ya formada; pero en relación con lo presente el trabajo mental que para los individuos sanos es fácil y agradable, como es fácil y agradable la digestión cuando se come con buen apetito, para los enfermos de no-querer es difícil y doloroso; las representaciones suministradas por los sentidos, se convierten en datos intelectuales irreductibles que unas veces, las más, se extinguen sin dejar huella y otras se fijan penosamente, como agujas clavadas en el cerebro y producen gravísimas perturbaciones.

¿Que relación guarda la debilitación del sentido sintético y la falta de voluntad? La misma que la idea y el acto libre; tan estrecha que se ha llegado á fundir una y otra en una sola entidad: de aquí la idea-fuerza, la idea-voluntad y otros términos nuevos de los filósofos á la moda. En el acto voluntario hay dos elementos que engendran un tercero: un individuo y una idea que producen una energía. El individuo contiene en sí, personalmente unificados, los elementos que recibió por herencia, ó que adqui-

rió por su trabajo, ó por el simple hecho de vivir en sociedad. La representación ó la idea están en el individuo como las líneas y colores sobre el fondo de un cuadro; sobre un mismo fondo se puede trazar infinitas líneas y combinar infinitos colores. Según rija ó no la idea de asociación, de esa variedad nacerá la creación artística ó el borrón confuso, informe. Cuando las representaciones intelectuales, como los colores y las líneas, se agrupan alrededor de ideas céntricas, van siendo más claras á medida que el número de ellas va aumentando. Es pues, inmenso el valor de la facultad sintética, sin la cual los esfuerzos intelectuales son vanos y aun contra-productentes, á la manera que lo serían las pinceladas de un ciego que intentara pintar ó retocar un cuadro. En el enfermo de aboulía las ideas carecen de esta fundamental condición: la sociabilidad. Por lo cual sus esfuerzos intelectuales carecen de eficacia: en unos casos, la idea fija, que es la que influye más enérgicamente sobre la voluntad, produce la determinación arrebatada, violenta, que alguien confunde con la del alienado; en otros la idea abstracta ó la idea ya vieja, reproducida por la memoria, engendran el deseo débil, impotente, irrealizable; no existen las ideas más fecundas, las ideas sanas que nacen del estudio reflexivo y de la observación consciente de la realidad.

LA voluntad colectiva funciona de una manera análoga. Las sociedades tienen personalidad, ideas, energías. Aunque la conciencia colectiva no se muestre tan clara y determinada como la de un individuo, existe y puede obrar mediante actos co-

lectivos que obedecen á ideas colectivas en el fondo, no obstante aparecer concentradas en un reducido número de inteligencias. Si la idea de un gran estadista fuese arbitraria ó caprichosa, ajena al pensamiento y al sentimiento generales, no podría adelantar un paso. La que parece idea original de un hombre, es sólo interpretación de ideas ó deseos vagos, indeterminados, que la sociedad siente, sin acertar á darles la expresión propia y exacta. Y en tanto que el pensamiento de una nación no está claramente definido, la acción tiene que ser débil, indecisa, transitoria. El sentido sintético es en la sociedad y en particular en quienes la dirigen, la capacidad para obrar conscientemente, para conocer bien sus propios destinos. Hay naciones en las que se observa por encima de las divergencias secundarias una rara y constante unanimidad para «comprender sus intereses». Esta comprensión parece tan clara como la de un individuo, que en un momento cualquiera, recordando su pasado y examinando su situación presente, se da cuenta precisa de lo que es ó de lo que representa.

En otras sociedades, por el contrario, predomina el desacuerdo; los intereses parciales, que son como las representaciones aisladas en los individuos, no se sintetizan en un interés común, porque falta el entendimiento agente, la energía interior que ha de fundirlos; las apreciaciones individuales son irreducibles y la actividad derivada de ellas tiene que ser pobre y desigual. Unas veces el móvil será la tradición, que jamás puede producir, aunque otra cosa se crea, un impulso enérgico, porque en la vida inte-

lectual, lo pasado, así como es centro poderoso de resistencia, es principio débil de actividad; otras veces se obedecerá á una fuerza extraña, pues las sociedades débiles, como los artistas de pobre ingenio, suplen con las imitaciones la falta de propia inspiración. Ya el interés secundario se colocará transitoriamente en primer término y producirá desviaciones, retrocesos, trastornos en la marcha de la sociedad; ya la idea del interés general, más que conocida, vislumbrada, creará un estado momentáneo de falsa energía y de actividad engañosa; echándose siempre de menos la idea clara, precisa, del interés común y la acción constante, serena, que se encamina á realizarlo.

DE lo dicho se infiere cuán disparatado es pretender que nuestra nación recobre la salud perdida por medio de la acción exterior; si en lo poco que hoy hacemos revelamos nuestra flaqueza ¿qué ocurriría si intentáramos acelerar más el movimiento? La restauración de nuestras fuerzas exige un régimen prudente, de avance lento y gradual, de subordinación absoluta de la actividad á la inteligencia, donde está la causa del mal y á donde hay que aplicar el remedio. Para que la acción sea útil y productiva, hay que pensar antes de obrar; y para pensar se necesita, en primer término, tener cabeza. Este importante órgano nos falta desde hace mucho tiempo y hay que crearlo cuéstenos lo que nos cueste. No soy yo de los que piden un genio, investido de la dictadura; un genio sería una cabeza artificial que nos dejaría luego peor que estamos. El origen de nuestra decadencia y actual postración se halla en nuestro

exceso de acción, en haber acometido empresas enormemente desproporcionadas con nuestro poder; un nuevo genio dictador nos utilizaría también como fuerzas ciegas, y al desaparecer, desapareciendo con él la fuerza inteligente, volveríamos á hundirnos sin haber adelantado un paso en la obra de restablecimiento de nuestro poder que debe de residir en todos los individuos de la nación y estar fundado sobre el concurso de todos los esfuerzos individuales.

*
* *

SE habrá notado que el motivo céntrico de mis ideas es la restauración de la vida espiritual de España; pero falta ahora precisar el concepto, porque están las palabras españolas tan estropeadas por el mal uso que nada significan mientras no se las comenta y se las aclara. Cuando yo hablo de restauración espiritual no hablo como quien desea redondear un párrafo, valiéndose de frases bellas ó sonoras; hablo con la buena fe de un maestro de escuela. No voy á proponer la creación de nuevos centros docentes ni una nueva ley de Instrucción Pública; todas las leyes son ineficaces mientras no se destruyen las malas prácticas, y para destruirlas la ley es mucho menos útil que los esfuerzos individuales; y en cuanto á los centros docentes tal como hoy existen, aunque se suprimiera la mitad no se perdería gran cosa. Yo he conocido de cerca más de dos mil discípulos y, á excepción de tres ó cuatro, ninguno estudiaba más que lo preciso para desempeñar, ó mejor dicho, para obtener un empleo retribuido. Nuestros centros docentes son edificios sin alma;

dan á lo sumo el saber; pero no infunden el amor al saber, la fuerza inicial que ha de hacer fecundo el estudio cuando la juventud queda libre de tutela. Si en este punto hubiera de intentarse algo por los legisladores, el cambio más provechoso sería la sustitución de las oposiciones hoy en uso por el examen de «obras» de los aspirantes; en lugar de esos palenques charlatanescos, donde como en las carreras de caballos triunfa, no el que tiene más inteligencia, sino el que tiene mejor resuello y patas más largas, pondría yo reuniones familiares, donde en contacto directo los que juzgan y los que son juzgados se hablara sin artificio, se examinara el trabajo personal que cada pretendiente presentase y se apreciara la capacidad de cada uno, y lo que es más importante, el servicio que de él podía esperar la nación. Con este sistema, la juventud, que pierde el tiempo preparándose para ingresar en este ó aquel escalafón, aprendiendo á contestar de memoria cuestionarios fofos é incoherentes, se vería forzada á crear obras, entre las que no sería extraño que saliese alguna buena.

EL peso principal del combate creo yo que deben de llevarlo las personas inteligentes y desinteresadas, que comprendan la necesidad de restablecer nuestro prestigio; pocos ejemplares tenemos de hombres poseídos por el patriotismo silencioso; pero cuando aparece alguno, ese vale él solo por una Universidad. Mas para que los esfuerzos individuales ejerzan un influjo benéfico en la nación, hay que encaminarlos con mano firme, porque en España no basta lanzar ideas, sino que hay antes que quitarles la

espoleta para que no estallen. Á causa de la postración intelectual en que nos hallamos, existe una tendencia irresistible á transformar las ideas en instrumentos de combate; lo corriente es no hacer caso de lo que se habla ó escribe; mas si por excepción se atiende, la idea se fija y se traduce, como ya vimos, en impulsión. Por esto, los que propagan ideas sistemáticas, que dan vida á nuevas parcialidades violentas, en vez de hacer un bien hacen un mal, porque mantienen en tensión enfermiza los espíritus. Á esas ideas que incitan á la lucha las llamo yo ideas «picudas» y por oposición, á las ideas que inspiran amor á la paz las llamo «redondas». Este libro que estoy escribiendo es un ideario que contiene sólo ideas redondas; no estoy seguro de que lo lean y sospecho que si alguien lo lee no me hará caso; pero estoy convencido de que si alguien me hiciera caso habría un combatiente menos y un trabajador más.

El procedimiento que yo uso para redondear mis ideas está al alcance de todo el mundo. Vemos muchas veces que en una familia los pareceres andan divididos; por ejemplo, y el caso es frecuente, varios hermanos siguen diversas carreras ó toman diferentes rumbos ó llegan á hallarse en oposición por cuestiones pecuniarias; los sentimientos de fraternidad son puestos á prueba. En unas familias la idea de unión es más poderosa que los intereses parciales; nadie abdica, pero todos transigen cuanto es necesario para que el rompimiento no llegue; en otras la unión queda destruída por la vanidad, el orgullo ó el exclusivismo, y sobreviene la lucha, más encon-

da que entre extraños, porque entre extraños se lucha sólo por defender ideas ó intereses opuestos mientras que en familia hay que luchar por ideas ó intereses y también por romper los vínculos de la sangre. ¿Qué salen ganando las ideas ó los intereses luchando con obcecación y con saña? Hay quien cree que para atestiguar la fé en las ideas se debe de combatir para que triunfen; y en esta creencia absurda se apoyan cuantos en España convierten las ideas en medio de destrucción. La verdad es, al contrario, que la fé se demuestra en la adhesión serena ó inmutable á las ideas, en la convicción de que ellas solas se bastan para vencer, cuando deben de vencer. Los grandes creyentes han sido mártires; han caido resistiendo, no atacando. Los que recurren á la fuerza para defender sus ideas dan á entender por esto solo, que no tienen fé ni convicción, que no son más que ambiciosos vulgares que desean la victoria inmediata para adornarse con laureles contrahechos y para recibir el precio de sus trabajos.

Las ideas no aventajan nada con declarar la guerra á otras ideas; son mucho más nobles cuando se acomodan á vivir en sociedad; y para conseguir esto es para lo que hay que trabajar en España. Sea lícito profesar y propagar y defender toda clase de ideas, pero «intelectualmente», no al modo de los salvajes. Desde el momento que una idea acata la solidaridad intelectual de una nación y transige lo necesario para que los sentimientos fraternales no se quiebren, se transforma en una fuerza utilísima, porque incita á los hombres al trabajo individual; no crea parcialidades exclusivistas y demolidoras;

crea cerebros sanos y robustos, que no producen sólo actos y palabras, sino algo mejor: obras.

Casi todos los hombres notables que hasta hace veinte años se dedicaban á echar abajo lo poco que quedaba de nuestra nación han confesado sus yerros, y dedicado la segunda parte de su vida á rehacer lo que habían deshecho en la primera. Esta conducta, muy digna de alabanza, debería decir algo á la gente nueva que ahora comienza á abrirse camino y á la juventud imberbe que anda por Institutos y Universidades.

Abundan los que se pasan de listos, los que imitan esa conducta con excesiva puntualidad; los que comienzan ahora los trabajos de demolición y se reservan para la vejez el arrepentimiento, cuando después de satisfechos los apetitos de medro personal les sea más llevadero el dolor de ver que su país sigue en ruinas. Lo natural es que por todos sea imitada la parte buena del ejemplo y que no se busque deliberadamente la ocasión de tener que arrepentirse más tarde.

A PARTE de esa cualidad esencial de las ideas, páreceme que se adelantaría mucho, para hacerlas aún más útiles y apropiadas á la obra de nuestra restauración espiritual, si se las expusiese en forma ágil, librándolas del farrago enfadoso con que hoy se las oscurece por exigencias de la moda. Muy bello sería que cuantos cogen una pluma en sus manos se imaginaran antes que no se había inventado la Imprenta, ni la fabricación de papel barato ni la legislación de propiedad intelectual. La opinión corriente es hoy favorable á la obra voluminosa, quizás porque así es más segura la decisión de no

leerla. Un libro grande — se piensa — da importancia á quien lo compone; aunque sea malo inspira respeto y ocupa un buen espacio en los estantes de las bibliotecas. Un libro pequeño no tiene defensa posible; si es bueno será mirado á lo sumo como un ensayo ó como una promesa; si es malo sólo servirá para poner al autor en ridículo. Mi idea es completamente opuesta. Un libro grande, pienso, sea bueno ó malo, pasa muy pronto á formar parte de la obra muerta de las bibliotecas; un libro pequeño, si es malo, deja ver á las claras que no sirve y muere al primer embate; si es bueno, puede ser como un manual ó breviario, de uso corriente por su poco peso y por su baratura y de gran eficacia para la propagación de las ideas que encierra. Á mi opinión, pues, me atengo y como demostración práctica citaré esta misma obra, la cual en su primitiva concepción me exigía dos volúmenes de tamaño más que mediano y al fin se ha sometido á mi voluntad y se ha conformado con tener un centenar de páginas. Un hombre de buena voluntad dice en cien páginas todo cuanto tiene que decir y dice muchas cosas que no debía decir.

Yo tengo fe en el porvenir espiritual de España; en esto soy acaso exageradamente optimista. Nuestro engrandecimiento material nunca nos llevaría á oscurecer el pasado; nuestro florecimiento intelectual convertirá el siglo de oro de nuestras artes en una simple anunciación de este siglo de oro que yo confío ha de venir. Porque en nuestros trabajos tendremos de nuestra parte una fuerza hoy desconocida, que vive en estado latente en nuestra

nación, al modo que en el símil con que comencé este libro, vivían en el alma de la mujer casada contra su gusto y madre fecundísima contra su deseo, los nobles y puros y castos sentimientos de la virginidad. Esa fuerza misteriosa está en nosotros y aunque hasta ahora no se ha dejado ver, nos acompaña y nos vigila; hoy es acción desconcertada y débil, mañana será calor y luz y hasta si se quiere electricidad y magnetismo.

HE aquí un hecho digno de que fijemos en él nuestra atención. ¿Cómo se explica que siendo en general los pueblos pobladores de Europa de una raza común, los griegos hayan sido y sean aún los dictadores espirituales de todos los demás grupos arios ó indoeuropeos? La razón es clara; mientras los demás grupos quedaban incomunicados en sus nuevos territorios, los griegos seguían en contacto con Asia y recibían los gérmenes de su cultura de las razas semíticas. Los indoeuropeos tienen cualidades admirables; pero carecen de una esencial para la vida: el fuego ideal que engendra las creaciones originales; son valientes, enérgicos, tenaces, organizadores y dominadores; pero no crean con espontaneidad. Un eminente profesor alemán, Jhering, autor de un libro de mucho fondo sobre Prehistoria de los Indoeuropeos, ha hecho un estudio sutilísimo acerca del influjo de las inmigraciones arias en la antigua organización de Roma, del cual se desprende que esta organización arranca del período de las emigraciones. Aquellas bandas ó tribus puestas en movimiento y avanzando por territorios desconocidos, tuvieron que crear autoridades ambulantes,

hábiles para regular la marcha; y al establecerse definitivamente, transformaron esas autoridades ya inútiles, en instituciones, en «supersticiones» ó sobrevivencias en las que después se ha creído ver una concepción religiosa puramente ideal. Así por ejemplo, el «ver sacrum» era una reminiscencia del período primaveral, en el que la marcha suspendida durante el invierno, era reanudada; los pontífices fueron en su origen constructores de puentes, y su influencia nació de la importancia extraordinaria que en realidad hubo de tener para los emigrantes la construcción de puentes, sobre los ríos que les atajaban el paso; los adivinos romanos no fueron profetas llenos de divina inspiración, fueren en su origen algo parecido á batidores ó exploradores, que por las trazas del suelo, por el canto de las aves, ó por señales astronómicas y cuantos signos encontraban (signos de cielo, pedestria, ex avibus, ex tripudiis, etc), esto es, por «auspicios», determinaban el itinerario más conveniente ó más seguro. Si fuera posible conocer á fondo los orígenes de todas las instituciones originales de los pueblos arios veríamos cómo todas ellas fueron inspiradas por la dura necesidad, no por arranque ideal, espontáneo; cuando la cultura greco-romana perdió su fuerza y fué necesario que viniera algo nuevo, vino el cristianismo, creación semítica; de suerte que los dos puntales que sostienen el edificio social en que hoy habitamos, el helenismo y el cristianismo, son dos fuerzas espirituales que por caminos muy diversos nos han enviado los pueblos semíticos. En general puede establecerse como ley histórica que donde quiera

que la raza indo-europea se pone en contacto con la semítica, surge un nuevo y vigoroso renacimiento ideal. España, invadida y dominada por los bárbaros, da un paso atrás, hacia la organización falsa y artificiosa; con los árabes recobra con creces el terreno perdido y adquiere el individualismo más enérgico, el sentimental, que en nuestros místicos encuentra su más pura forma de expresión. Los árabes no nos dieron ideas; su influjo no fué intelectual, fué psicológico. La distancia que hay entre una mártir de los primeros tiempos del cristianismo y Santa Teresa de Jesús, marca el camino recorrido por el espíritu español en los ocho siglos de lucha contra los árabes. Así pues, los que con desprecio y encono sistemáticos descartan de nuestra evolución espiritual, la influencia arábica, cometen un crimen psicológico, y se incapacitan para comprender el carácter español.

NUESTRO Renacimiento no fué un renacimiento clásico; fué nacional; y aunque produjo algunas obras magistrales, quedó incompleto, como dije, por la desviación histórica á que la fatalidad nos arrastró; pero como la fuerza impulsora está en la constitución natural étnica ó psíquica que los diversos cruces han dado al tipo español, tal como hoy existe, debemos confiar en el porvenir; esa fuerza que hoy es un obstáculo para la vida regular de la nación, porque se la aplica á lo que no debe aplicársele, ha de sufrir un desdoblamiento; el individualismo indisciplinado que hoy nos debilita y nos impide levantar cabeza, ha de ser algún día individualismo interno y creador, y ha de conducirnos á nuestro

gran triunfo ideal. Tenemos lo principal, el hombre, el tipo; nos falta sólo decidirle á que ponga manos en la obra.

Todos los pueblos tienen un tipo real ó imaginado en quien encarnan sus propias cualidades; en todas las literaturas encontraremos una obra maestra, en la que ese hombre típico figura entrar en acción, ponerse en contacto con la sociedad de su tiempo y atravesar una larga serie de pruebas donde se aquilata el temple de su espíritu, que es el espíritu propio de su raza. Ulises es el griego por excelencia; en él se reúnen todas las virtudes de un ario: la prudencia, la constancia, el esfuerzo, el dominio de sí mismo, con la astucia y fertilidad de recursos de un semita; comparémosle con cualquiera de los conductores de pueblos germánicos y veremos, con más precisión que pesándola en una balanza, la cantidad de espíritu que los griegos tomaron de los semitas. Nuestro Ulises es Don Quijote; y en Don Quijote notamos á primera vista una metamorfosis espiritual. El tipo se ha purificado más aún, y para poder moverse tiene que librarse del peso de las preocupaciones materiales, descargándolas sobre un escudero; así camina completamente desembarazado y su acción es una inacabable creación, un prodigio humano, en el que se idealiza todo cuanto en la realidad existe, y se realiza todo cuanto idealmente se concibe. Don Quijote no ha existido en España antes de los árabes, ni cuando estaban los árabes, sino después de terminada la Reconquista. Sin los árabes, Don Quijote y Sancho Panza hubieran sido siempre un solo hombre, un remedo de Ulises. Si buscamos

fuera de España un Ulises moderno, no hallaremos ninguno que supere al Ulises anglo-sajón, á Robinsón Crusoe; el italiano es un Ulises teólogo, el Dante mismo, en su Divina Comedia, y el alemán, un Ulises filósofo, el Doctor Fausto; y ninguno de los dos es un Ulises de carne y hueso. Robinsón sí es un Ulises natural, pero muy rebajado de talla, porque su semitismo es opaco, su luz es prestada; es ingenioso solamente para luchar con la naturaleza; es capaz de reconstruir una civilización material; es un hombre que aspira al mando, al gobierno «exterior» de otros hombres; pero su alma carece de expresión y no sabe entenderse con otras almas. Sancho Panza, después de aprender á leer y á escribir, podría ser Robinsón; y Robinsón, en caso de apuro, aplacaría su aire de superioridad y se avendría á ser escudero de Don Quijote.

Así como creo que para las aventuras de la dominación material muchos pueblos de Europa son superiores á nosotros, creo también que para la creación ideal no hay ninguno con aptitudes naturales tan depuradas como las nuestras. Nuestro espíritu parece tosco, porque está embastecido por luchas brutales; parece flaco porque está sólo nutrido de ideas ridículas, copiadas sin discernimiento, y parece poco original porque ha perdido la audacia, la fé en sus propias ideas, porque busca fuera de sí lo que dentro de sí tiene. Hemos de hacer acto de contrición colectiva, hemos de desdoblarnos, aunque muchos nos quedemos en tan arriesgada operación; y así tendremos pan espiritual para nosotros y para nuestra familia, que lo anda mendigando por el

mundo, y nuestras conquistas materiales podrán ser aún fecundas, porque al renacer hallaremos una inmensidad de pueblos hermanos, á quienes marcar con el sello de nuestro espíritu.

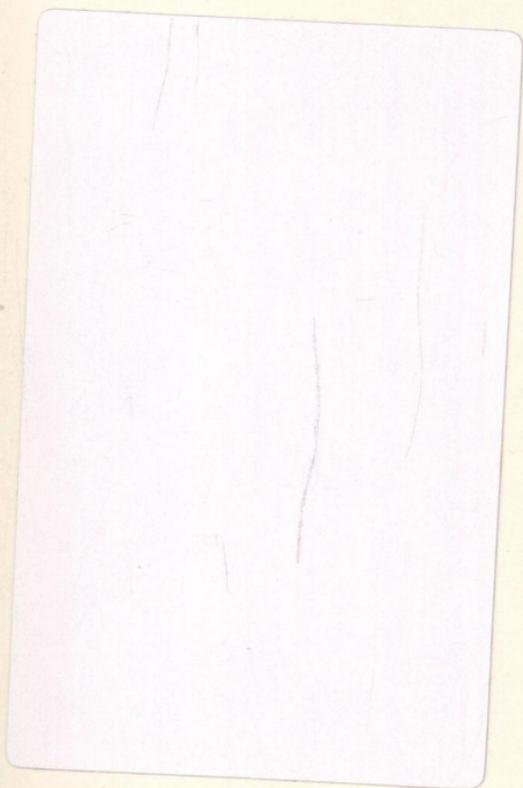
ANGEL GANIVET.

Helsingfors, Octubre, 1896.



ALGUNAS ERRATAS.

<u>Pág</u>	<u>lín.</u>	<u>Dice</u>	<u>Léase</u>
10	17	erndición	condición
17	24	al	algo
18	8	con	un
71	6	les	las
114,	16	moral	naval
124	1	exhuberancia	exuberancia
145	5	este	esta



Esta obra se halla de venta en todas las librerías de España.

Diríjase los pedidos á las librerías de Viuda é Hijos de Paulino Ventura Sabatel, Mesones, 52, Granada, y Victoriano Suárez, Preciados, 48, Madrid.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Granada la bella.— Edición privada. Helsingfors, 1896.

La conquista del reino de Maya por el último conquistador español Pío Cid.— Madrid, 1897.

Cartas finlandesas, (en preparación).
